

MIEDO A LA GUERRA

EN los primeros días de noviembre comenzaron a circular por el mundo algunas noticias alarmistas que indicaban la posibilidad de una guerra nuclear. La alarma no se ha disipado enteramente. Es fácil que rumores de esta índole se produzcan y persistan en un mundo profundamente insatisfecho de su situación y con un considerable temor al futuro, aumentado por los discursos apocalípticos de los gobernantes. Pero en este caso no parece que haya todavía suficientes motivos de inquietud. El rumor, la campaña, la tendencia, podría tener dos orígenes concretos: Israel y el Partido Republicano en los Estados Unidos. Israel estaba reaccionando ante los resultados de la conferencia de Jefes de Estado árabes en Rabat —reconocimiento de la Organización de Liberación de Palestina como Gobierno en el exilio— y ante una tendencia mundial a aceptar los resultados de esa conferencia: la invitación de la ONU a los palestinos para que ocupen la tribuna de oradores, su posible inclusión en la conferencia de Ginebra y un cierto tono más favorable a los árabes que existe en algunos sectores de los Estados Unidos. Israel ha advertido a los Estados europeos y, desde luego, al Gobierno de los Estados Unidos, que puede haber guerra en el Oriente árabe, que la Unión Soviética intervendría directamente (Brejnev va a visitar El Cairo y parece que se va a redoblar su envío de armas) y que, sin duda, los Estados Unidos no permanecerían inermes ante esa intervención. Israel ha acumulado una serie de datos sobre la posibilidad de que los árabes lancen una guerra. No sólo el tono de la conferencia de Rabat, sino también una acumulación de efectivos militares en Suez, donde la ciudad, arrasada por la guerra anterior, no ha sido reconstruida y sus habitantes no han vuelto a ella. Israel estima que esto se debe a que Egipto considera inútil reconstruir una ciudad que va a ser de nuevo escenario de la guerra... La intención de Israel es claramente la de que los Estados Unidos continúen enviándole armas y ayuda de toda clase —envíos que no han cesado— y que se abstengan de todo acercamiento a los árabes. Las campañas de propaganda o de opinión lanzadas por Israel tienen una excelente amplificación en la prensa de todo el mundo, que le es muy favorable. Cuando llegan a Washington reciben allí un nuevo impulso, puesto que se trata del primer centro de información mundial. En este caso, Washington tenía una gran caja de resonancia: además de los medios israelitas, estaban los republicanos. El Partido Republicano estaba en vísperas electorales, con unos pronósticos nefastos, y le era conveniente hacer ver al electorado que el riesgo de guerra no ha terminado. De una manera general, el Partido Republicano es el que representa una mayor firmeza en política internacional y el que se presenta como más adecuado para dirigir el país en casos de crisis mundial. Este esfuerzo le fue inútil: el electorado votó con fuerza a los demócratas, y entre otros significados que tiene el resultado de las elecciones, uno de ellos es el pacifismo. El Partido Demócrata no ha cesado de manifestar desde las famosas elecciones de Kennedy contra Nixon (noviembre de 1960) su tendencia a resolver los asuntos mundiales mediante negociación y a aceptar el desafío de la coexistencia pacífica aunque haya excepciones, como la del senador Jackson, que, siendo demócrata, preconiza una política de firmeza en el exterior). Los rumores de amenaza de guerra habrían servido quizá para lo contrario de lo que estaban previstos. Es decir, para afirmar más al partido que presenta mayores posibilidades de paz en estos momentos.

PERO es indudable que para que el rumor cunda con la celeridad y la intensidad con que corrió éste, algún fondo tiene que haber, y, sobre todo, tiene que haber un estado de opinión pública mundial que sirva de conductor. La alarma atómica del 25 de octubre del año pasado en las bases de los Estados Unidos no creó tanta atmósfera como estas amenazas de ahora; surtió el efecto político con que se inició —primero, advertir a los Estados europeos que no podían tener una política

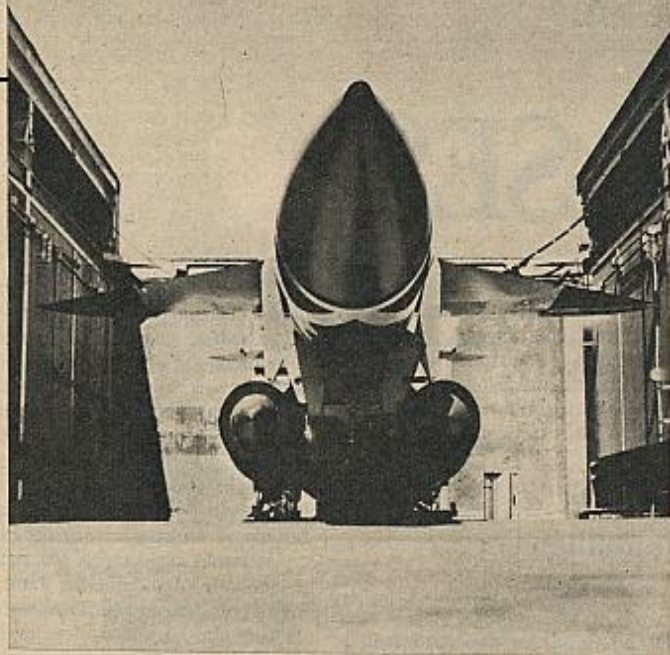
aislada pro-árabe, y que fuese como fuese, estaban comprometidos con los Estados Unidos; segundo, advertir a la URSS de que cualquier alteración en el «statu quo» del Oriente árabe y el Mediterráneo sería considerada como un «casus belli»— y se disipó después rápidamente en una Europa bastante satisfecha de su situación.

PERO en el año transcurrido, la situación de Europa ha cambiado notablemente. Está en crisis. Esa crisis ha estallado ya en Gran Bretaña y en Italia, está avanzando ya muy velozmente en Francia. La opinión pública europea culpa en primer lugar a sus Gobiernos de la actual situación de escasez y de carestía; culpa en segundo lugar a los Estados Unidos por su manipulación durante todo este año de las causas de la crisis. El conjunto de la opinión europea tiende cada vez más a una renovación de estructuras políticas y de gobierno: quiere zafarse, quitarse de encima, a los sistemas que han imperado durante la guerra fría. Los sistemas de racionamiento por la carestía, de administración de la escasez por los altos precios, equivalen a una injusticia social por la cual las clases no favorecidas soportarán lo peor de la crisis, lo cual se hace notar más porque la escasez no sólo atañe a lo superfluo, sino que también repercute en lo esencial: la alimentación (y lo superfluo ha tenido en estos últimos años calidades de esencial, como consecuencia de la organización de la sociedad de consumo). Las clases amenazadas directamente responden con movimientos sociales, con huelgas: de este movimiento social resultan directamente beneficiados los partidos populares. La izquierda, que reclama siempre una mayor equidad en el reparto de los beneficios y de las cargas. Para muchas capas de poder, esto representa lo que habitualmente llaman «la amenaza comunista». Ante la cual aparecen dispuestos a todo, tanto en el plano internacional como en el nacional. La continua amenaza de Giscard acerca del apocalipsis que se avecina, o que está encima ya, es un recordatorio de la reaparición de las medidas excepcionales.

UN cierto número de condiciones que se ven aparecer en las etapas previas a las guerras se están cumpliendo lentamente. Una es la escasez, otra es la inflación. Las presiones sociales son también paten-



Base aérea estadounidense en Thule (Groenlandia).



Proyectil tierra-aire norteamericano «Bomarc», dotado de cabeza nuclear.

tes (los movimientos internacionalistas pacifistas previos a 1914, los frentes populares de antes de la II Guerra Mundial). Se radicalizan las opiniones políticas extremistas (a la derecha, a la izquierda). Y hay un estado de desagregación del Imperio: la lenta caída del Imperio americano, la degradación de sus dirigentes, la torpeza de sus movimientos. Al mismo tiempo, como un síntoma más, está la idea global que tienen las poblaciones de que el mundo —es decir, el sector del mundo en el que viven— ha perdido la dirección. El «no se sabe dónde vamos a ir a parar» es algo que se encuentra, con todas las formas verbales posibles, en los periódicos de todo el mundo. Una de las circunstancias más interesantes de nuestra época es la contradicción entre un internacionalismo profesado por la opinión pública y por la realidad de los hechos políticos, a los que se ve repercutir continuamente unos sobre otros, y la falta de dirección mundial. De cuando en cuando —y cada vez más— aparecen llamamientos a las acciones conjuntas, como acaba de suceder ahora en la Conferencia Mundial de Alimentación de Roma. Se sabe ya que una serie de problemas mundiales sólo puede tener solución más que colectiva, pero siguen prevaleciendo las nacionalidades como factor de división.

CLARAMENTE, una situación como la actual es una situación prebélica, y en el pasado, circunstancias parecidas han conducido las guerras resolutivas. Naturalmente, las guerras nunca han resuelto nada, y los milenios conocidos de nuestra Historia nos muestran de qué manera cada guerra ha engendrado, a largo o corto plazo, una guerra siguiente, y de qué manera éstas han sido cada vez más amplias: han abarcado mayor extensión geográfica, han envuelto mayor número de personas y han producido mayor número de muertes, de destrucciones. La guerra mundial pasada era una consecuencia directa de la de 1914-1918, la cual, a su vez, procedía de la de 1870, que seguía a las guerras de religión y de formación de nacionalidades... Sería como una sola guerra infinita, calmada en algunos intervalos por el carácter decisivo de una batalla. En éste sentido, la guerra de las potencias aliadas en Occidente contra la Unión Soviética hubiese sido una prolongación de las anteriores. No ha sucedido porque no podía suceder.

ESTAMOS en un estadio en el que todavía predomina la idea de la guerra imposible, porque no resolvería nada y porque su capacidad de destrucción sería enorme. Pero como ha quedado ya apuntado en alguna de estas páginas, los gobernantes todavía no saben manejar una situación sin guerras resolutivas. Está muy en lo posible que no sepan manejar ésta, que se les vaya de las manos, como se les está yendo a los Gobiernos de la derecha europea el gobierno de sus países (por el mismo grupo de razones simultáneas). Pero no está en lo probable. Los años que estamos viviendo, y los venideros, deben enseñarnos a resolver las contradicciones políticas y económicas sin acudir a la guerra.

POR otra parte, estas series periódicas de alertas, de amenazas, de alarmas de guerra total, tienden a ser útiles. Los que las manipulan con fines locales o provisionales no suelen calcular su efecto a la larga: el de un mayor rechazo de las poblaciones civiles por esa forma de resolución de los conflictos.

El terrorismo cubano

En la sede de la OEA, en Quito, donde se estaba tratando el levantamiento de las sanciones económicas y diplomáticas a Cuba, estalló una bomba: un atentado de uno de los grupos activistas y terroristas de cubanos exiliados. Recientemente, ante Radio La Habana, una de las personas que han tenido actividades de este cariz ha explicado algo de ellas. Se trata de Carlos Rivero Collado, hijo del que fue Presidente electo de Cuba, que debería haber sucedido a Batista, pero que no tuvo tiempo de hacerlo porque el movimiento de Fidel Castro tomó posesión del país. Carlos Rivero Collado salió de Cuba con su padre, y desde ese mismo momento comenzó sus actividades. Tomó parte en el desembarco de Playa Girón (abril de 1961) y fue hecho prisionero: fue luego canjeado, y al regresar a los Estados Unidos continuó su relación con las que él, ahora, llama "grupos fascistas y bandas terroristas". Al parecer, una reflexión posterior acerca de su país y un fuerte nacionalismo le hicieron regresar a Cuba, donde ha hecho estas declaraciones.

Según Rivero, existen numerosas organizaciones anticomunistas, que actúan en todo el continente y tienen vastos planes. Una de ellas, Joven Cuba, perpetró un atentado con dinamita contra la sede de la misión comercial cubana en Montreal: un funcionario resultó muerto. Esta organización está financiada por el ex Presidente de Cuba Carlos Prío Socarras. Carlos Rivero mantiene que estos atentados han sido acrecentados después de la toma del poder de la Junta de Chile, la cual sufraga los gastos de algunas organizaciones. "Yo afirmo con propiedad —dice— que las campañas terroristas que está llevando a cabo el grupo de contrarrevolucionarios cubanos, dirigidos por Ramir de la Fe, integrado por ex invasores de Playa Girón, por miembros del Ejército Secreto Anticomunista y por el grupo de jóvenes fascistas que realizaron el crimen de Montreal, están solventadas con dinero de la Junta Militar fascista chilena".

Ha revelado que durante el viaje de Fidel Castro a Chile (1971) un grupo de contrarrevolucionarios, "auspiciados por la CIA", intentaban un atentado que hubiese acabado simultáneamente con las vidas de Allende y de Castro. La persona que dirigió la operación se llama Jesús Domínguez Benítez, "El Isleño"; estaba en relación con cubanos residentes en Caracas, que le prepararon una documentación falsa.

Estos grupos han amenazado a las naciones que participan en la Conferencia de Quito y que son proclives al levantamiento de sanciones. El plan, según Rivero, llega a proyectos de asesinato de los ministros de Asuntos Exteriores y los embajadores de esas naciones. "Yo pudiera decir —son palabras de Collado— que el plan fundamental de estos elementos se basa en dos figuras específicas: en primer lugar, el secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Kissinger, y el canciller de Costa Rica, Gonzalo Facio, que, como sabemos, ha sido el propulsor de la reunión de Quito".

Rivero Collado denunció la participación en el caso Watergate de dos cubanos anticomunistas, Angel J. Ferrer y Manuel Buesa, jefe de la invasión de Playa Girón y agente de la CIA durante muchos años: Artime habría planeado el asesinato del Jefe del Estado panameño, general Torrijos. Otros cubanos relacionados con el caso Watergate serían Mike Suárez Fernández y Humberto López, y los millonarios Bebé Rebozo y Edgardo Buttari. Rivero explicó que prepara un libro sobre la contrarrevolución en el exilio, desde la organización de "La Rosa Blanca", en 1959, hasta los sucesos de Watergate.

Para explicar su posición personal, Carlos Rivero Collado explicó que para él, "mantener una posición de nacionalismo contrarrevolucionario es el camino más corto hacia el fascismo"; para evitar la caída en el fascismo, como les ha sucedido a otros jóvenes cubanos del exilio, Rivero adoptó lo que llama "un nacionalismo real": "es decir, un nacionalismo que en muchos aspectos coincidía con las posiciones que hoy adoptan una serie de países de América Latina, que promueven un acercamiento y una política de respeto y consideración al proceso revolucionario de Cuba". ■